



Título del Trabajo:
TERRORISMO ISLÁMICO

Autor:
Emiliano Stazzone

Ponencia presentada en el
II Congreso en Relaciones Internacionales del IRI

La Plata, Provincia de Buenos Aires, Argentina

11 y 12 de noviembre de 2004

Una de las cuestiones más relevantes a las que se enfrenta el planeta en el Siglo XXI es la del terrorismo a nivel global. La mención de que ningún lugar del mundo es un sitio exento de un enfrentamiento donde no hay cuartel, ni enemigo visible, ni víctimas determinadas, o al menos no materialmente determinadas, convierten al globo a uno de los sitios más inseguros del universo.

Pero al hablar de terrorismo nos encontramos con diversas acepciones que válidamente hay que distinguir. Más allá de que externamente toman formas similares, la justificación ideológica de una y otra así como la brutalidad, y el protagonismo en el desarrollo de las relaciones internacionales, son los puntos distintivos que separan al terrorismo islámico del resto de las formas que adopta el terrorismo internacional tales como la organización separatista vasca ETA o el Ejército Republicano Irlandés (más conocido por sus siglas en inglés como IRA).

Los atentados perpetrados contra las Torres Gemelas, el World Trade Center, el Pentágono y las Olimpiadas de Atlanta 96 en Estados Unidos, contra los trenes de Atocha en España, la Embajada de Israel y la Amia en Argentina, no son sino el resultado, y un eslabón más, en una cadena sin solución de continuidad, de un largo proceso que tiene sus primitivos antecedentes en el Siglo XI.

El Islamismo radical militante, la fuerza motriz que se encuentra detrás del terrorismo internacional que lo justifica ideológicamente, surgió del conflicto entre el Islam y la occidentalización. El desarrollo de la civilización islámica se enfrentó a occidente durante este siglo: los Cruzados ocuparon el Levante y la Tierra Santa, y establecieron estados cristianos en zonas que el Islam considerara como suyas, mientras que en la península ibérica una coalición cristiana comenzó la campaña que expulsó a los musulmanes, en forma gradual pero irreversible, de España y Portugal. Asimismo las continuas crisis de sucesión y luchas violentas debilitaron a los regímenes islámicos existentes en la época.

Más allá de triunfos como el de Saladino (Salah-al-Din-al-Ayyubi), el Kurdo que derrotó a los Cruzados en 1187 y 1192, y Abdul Mumin, de Marruecos que derrotó a los ejércitos cristianos en España en 1146, 1163 y 1195, el proceso marcó un claro retroceso del poder, la cultura y la civilización musulmanas. Por esta razón aquellos que mantuvieron su poder por fuerzas de las armas, debieron demostrar su apego al Islam y revivieron de esta manera el extremismo religioso como fuente de su legitimidad. La nueva elite buscó y encontró los dogmas que requería para legitimar su poder, y nadie se atrevió a desafiarlos.

Pero paralelamente se dio un retroceso progresivo en materia de progreso científico, donde se llegó a extremos, como por ejemplo hacia 1192 el Ulema (líder religioso) de Córdoba, España, ordenó la quema pública de los libros de la biblioteca científica y médica más importante porque constituían una "horrible calamidad" para el Islam.

Así este retroceso del mundo musulmán lo relegó no solo desde el punto de vista territorial sino, y sobre todo, cultural. La furia antiintelectual generó una insalvable lucha entre occidente y la civilización islámica, condenando a varias generaciones a un estado de atraso, aislamiento y embotamiento espiritual. El conservadurismo reaccionario transformó a una parte importante del continente asiático, conocido ahora como el "Eje del Islam", en el campo donde se sembraron las primeras semillas del radicalismo militante islámico. Así, la referencia cultural propia se transformó en cultura de resistencia.

Posteriormente el Siglo XVIII marcó la segunda oleada "occidentalizadora". La invasión en esta área se inició con la llegada de Napoleón a Egipto en 1798. Después tuvieron lugar las guerras entre rusos y turcos y la conquista del Asia Central en el Siglo XIX, seguida por el colapso del Imperio Turco y la ocupación británica en la Primera Guerra Mundial, así como el rediseño artificial del mapa del Medio Oriente por los poderes imperialistas. Pasada esta etapa el Eje del Islam sufrió un trauma del que no volvería a recuperarse.

Sin embargo es en los años 70 del Siglo XX donde las semillas sembradas encontraron la fuente de energía necesaria para dar sus primeros frutos con un impulso brutal.

El llamado "boom" del petróleo encontró a un conjunto de sociedades con estilos de vida propios de la Alta Edad Media con capacidades de consumo y un poder económico nunca vistos. Esto llevó a que las elites poseedoras de este caudal económico conocieran el mundo occidental y se encontraran con una tierra ni siquiera imaginada. La diferencia existente entre estilos de vida era sideral: el concepto de libertades, el poder de consumo del ciudadano promedio y el natural acceso a las drogas y a la prostitución así como a los avances tecnológicos condujo al mundo musulmán a un replanteo esencial.

Este estilo libertino afectaba esencialmente no sólo a las ultra conservadoras sociedades islámicas sino que, fundamentalmente, trastocaban con las leyes basamentales que rigen su mundo espiritual.

La más importante se denomina Sharia y por su carácter sacro y piadoso, es de cumplimiento obligatorio. La doctrina islámica establece que la Sharia, ley que rige sobre la humanidad, es de origen divino y debe ser interpretada solamente por los sabios y piadosos, quienes han de gobernar sobre los creyentes en calidad de líderes y guías espirituales. También está el Sunnah, que es el libro que contiene las tradiciones que se atribuyen al Profeta Mahoma y en que el Islam sunnita encuentra su fundamento,

Así se generó una corriente de pensamiento elaborada teológicamente por los intelectuales islámicos que llamaban a la unión del mundo en una sola Nación Islámica (Ummah), que debía regirse bajo la Sharia y ponían en el centro de la escena el enfrentamiento con occidente y su principal potencia Estados Unidos. Solo un planteamiento en términos de Ser o No Ser, es decir

de la existencia misma, era lo único que podía generar el cambio sustancial a nivel de la conciencia individual, primero, y social, después, para movilizar a cientos de miles y ponerlos a disposición de esta Jihad (Guerra Santa), que sus representantes teológicos construyeron dogmáticamente.

El triunfo de la Revolución Chiíta de la mano de Jomeini en Irán, la asunción de un gobierno pro islámico en Sudán con Hasan Al Turabi y sobre todo la expulsión de los soviéticos en Afganistán así como la formación de seis estados musulmanes en Asia Central (Kazajstán, Uzbekistán, Kirgistán, Tadjikistan, Turkmenistán y Azerbaijón), hicieron creer de nuevo en la invencibilidad en la conquista.

Pero el año 1990 significó la vuelta a la realidad. La derrota en el Golfo Pérsico se tradujo no solo en términos de derrota militar sino en la invasión consumada del "Satán" en una tierra considerada divina. Dado el evidente desequilibrio de fuerzas, el triunfo norteamericano sirvió como el gran disparador para conformar la estructura de una red de dimensiones globales que expande como una mancha el fenómeno terrorista al corazón mismo del organismo occidental.

De esta manera son los intelectuales islámicos los encargados de elaborar el sustrato teológico, que opera no solo como el elemento justificante sino como el fin último del accionar radical islámico. A partir de una interpretación "extremista" (de ahí el término) de la doctrina islámica, el mundo se divide en el Partido de Dios y el de Satán, ubicando en el primero al mundo musulmán y en el otro a todos los no musulmanes y situando como agente de este a la mayor superpotencia, Estados Unidos, y a su interlocutor válido en Medio Oriente, Israel.

Para contrarrestar el efecto dispar que supone un enfrentamiento frontal se recurre a la táctica del terrorismo como señala un General Brigadier pakistaní S. K. Malik: "la guerra de corte coránico es infinitamente superior y más efectiva que cualquier otra porque se pelea por la causa de Alá, y en ese sentido, todos los medios y formas de combatir se encuentran justificados. El terror que golpea los corazones de nuestros enemigos no solo es un medio, es un fin en sí mismo. Una vez que se ha logrado infundir terror en el corazón del oponente es muy difícil lograr algo más. Se ha alcanzado el punto en que el medio y el fin se unen y se mezclan. El terror no es un medio para imponer una decisión sobre nuestro enemigo, sino la decisión que deseamos imponer en él".

Esta estructura se financia principalmente de suntuosas contribuciones provenientes de las arcas de estados patrocinadores tales como Irán, Pakistán o el Líbano. Estos utilizan sus sedes diplomáticas en cada país, como centros de organización, reclutamiento y conductos de fondos, en dinero propiamente dicho, o en "especies". A su vez se da vida a toda una infraestructura, dirigidas hábilmente por estas mismas sedes, compuesta por un sinnúmero de instituciones de ayuda humanitaria de países en crisis,

centros islámicos, centros de estudio e información, corporaciones comerciales y oficinas de agregados culturales.

Los reclutados conforman las redes de apoyo y operativas que van a ser el sustento de la Causa en suelo extranjero. El trabajo de uno y otro esta predeterminado y perfectamente dirigido: los primeros aportan experiencia en apoyo logística, lavado de dinero y contrabando, y los segundos en fabricación de bombas y explosivos.

Otro tanto proviene de empresarios que hacen sus "propias" Guerras Santas y otros que si están altamente comprometidos con la Jihad.

Estos últimos se transforman en altos comandantes debido a la notoriedad que alcanzan, no solo por su carisma, sino también por la voluntaria renuncia que hacen a lujos y comodidades. De esta manera hacen honor a la expresión más acabada del término Jihad, ya que éste significa "esfuerzo".

De tendencias extremistas de raigambre religiosa, los islamitas suelen congregarse en torno a carismáticos líderes religiosos en busca de orientación y motivación. Históricamente solo unos cuantos hombres carentes de educación islámica formal han sido reconocidos como líderes, con base sobre todo en su fervor, cono cimiento e inigualada contribución al progreso de causas islámicas por medios militares.

El surgimiento de esta nueva elite radical islamita es otro elemento singular de este fenómeno terrorista islámico. Estos líderes procedentes del sector más rico de la sociedad y privilegiado de la sociedad, están bien educados y relativamente occidentalizados. A su vez son diferentes a los típicos revolucionarios y terroristas, proveniente de la clase media de Europa o América, desde los anarquistas del Siglo XIX hasta los revolucionarios comunistas del siglo XX, porque los islamitas se han convertidos en líderes de las masas populares, mientras los otros permanecieron aislados de una población que generalmente les era hostil. Se mezclan con su propio pueblo, conviven y luchan en los mismos puestos de batalla. Su relación de igualdad (acostumbrados a líderes supremos y distantes), los transforman en jefes populares con cuyos soldados traban una lealtad inquebrantable.

Los soldados de la Jihad son una rara mezcla de errantes y solitarios hombres del desierto pero también de jóvenes intelectuales radicalizados, valerosos y orgullosos de su tierra y religión, defraudados por sus líderes pragmáticos y autoritarios, y por "mano de obra desocupada" proveniente de antiguos grupos guerrilleros comunistas (cubanos, alemanes orientales, etc.) y nacionalistas de origen islámico, que han encontrado refugio en las filas de un ejercito que ha emprendido una guerra sin fin.

El terrorismo internacional, como cualquier otro empeño humano que requiera sacrificio personal esta dirigido por un afán teológico y/o fervor nacionalista. Los líderes deciden bombardear cierto lugar, los peritos en logística ponen los explosivos en el lugar y los expertos en bombarderia diseñan y construyen la bomba. Pero al final, en términos humanos, los

pocos individuos que están en el sitio son los que enfrentan el mayor reto. Ellos arriesgan, y también la dan voluntariamente, su vida y su integridad corporal, y se arriesgan a ser capturados, con altas probabilidades de ser torturados y ejecutados. Pasan al martirologio, sus vidas se transforman en leyendas y sus nombres son levantados como estandartes de esta nueva guerra.

El individuo terrorista perpetrador solo puede sobrepasar estos retos mediante un temple psicológico y una inmensa probidad de los actos a efectuar. Que los demás consideren al acto terrorista como maligno es irrelevante, pues el futuro mártir que conduce el vehículo cargado de explosivos está convencido de que hace el trabajo de Dios.

Así, el enfrentamiento planteado con occidente se traba en todos los planos.

Desde el político, por la forma de organización del estado, del poder y las libertades.

Desde el económico, quizás el más intrincado, por las múltiples relaciones entre altos comandantes (caso Bin Laden (Ussamah bin Ladin)) con hombres de la talla de George W. Bush, Donald Rumsfeld o Peter O'Neill en el sector petrolero pero también en el de la construcción y la industria alimenticia (los múltiples negocios van desde Carlyle o Planet Hollywood a la reconstrucción de Kuwait después de la Guerra del Golfo).

A su vez es importante destacar lo difícil del rastreo de los fondos destinados al terrorismo global. No sólo porque este proviene de estados patrocinadores sino por la compleja red de compañías, sociedades y otras entidades que interactúan entre sí para transformar el dinero ilícito. Una parte se encuentra en Europa Central donde ciudades como Anvers en Bélgica reciben el mayor flujo. Hombres de negocios del Golfo Pérsico construyen redes financieras compuestas por holding y el aporte técnico-financiero de algunos bancos londinenses. Estos holding tiene participación en otros tantos múltiples compañías, administran inversiones, bienes raíces, transportes marítimos, y empresas agrícolas y comerciales. Otro núcleo está localizado en el Lejano Oriente con centros en Indonesia y Malasia. Un tercer núcleo ingresa en los nuevos países islámicos de Asia Central y Europa oriental, debido a las relaciones trabadas de la mafia rusa. Esta relación surgió como un instrumento efectivo para obtener recursos y pasar inadvertidos en Occidente pero hoy les permite obtener aún más financiación. Más allá de que tanto la venta de drogas como el ejercicio de la prostitución son actividades totalmente prohibidas para su religión, un grupo de Fatwas (decreto emitido por un líder y/o experto religioso o grupo de ellos que ofrece orientación y su cumplimiento es obligatorio. Puede darse individualmente o a través de un Tribunal) emitidas autorizan esas actividades porque contribuyen a la destrucción de la civilización y sociedad occidental.

También, y sobre todo del religioso, por la característica de secularización de la mayoría de los estados occidentales (sobre todo católicos y protestantes) al que se opone el modelo teocrático del ideal estado musulmán.

Y por último de los valores y criterios en los que operan las mentalidades en ambos mundos.

A su vez, las categorías de construcción en las que se mueven los ideólogos radicales islámicos son esencialmente disímiles. El concepto de Nación y Estado a los que se refieren nada tienen que ver ni con el carácter homogéneo de raza, tribu, familia, historia, geografía o lengua sino solo con el religioso. La formación de una sola nación islámica regida bajo la Sharia y donde la interpretación del Corán y las enseñanzas del profeta Mahoma son llevadas hasta el extremo, donde el centro cultural y religioso se haya en la Meca (Mezquita de la Kaaba) y Medina (Mezquita de Navabi), lugares de nacimiento y muerte del Profeta y donde no haya un resquicio de cultura occidental y menos aún de presencia física de ella, son los parámetros en los que se mueve esta construcción ideal.

Esta lucha global contra un enemigo común, sin embargo, se libra en varios frentes:

1) los Balcanes (Chechenia, Bosnia-Herzegovina, Albania) y los Países Islámicos de Asia Central;

2) Israel (la llamada INTI FADAH, emprendida por grupos de acción más regional como Hamas o una división de Hezbola, contra el interlocutor válido de Occidente en Medio Oriente y por el oprobio que significa este Estado en tierra sagrada);

3) La zona del Golfo (al-Khalij) y la Península Arábiga;

4) Cachemira (donde una lucha regional por esta provincia hindú entre la India y Paquistán, es hoy una "cuestión" musulmana);

5) África (interminables luchas de liberación y tribales donde el Islam se volvió un factor clave, en países que van desde Kenia, Etiopía, Tanzania, Sudan o Somalia hasta los más occidentalizados como Egipto).

Pero, ¿cuál ha sido la respuesta de Occidente al problema del terrorismo islámico global?

Para analizar esta cuestión hay que revisar la actitud de la mayor súper potencia que por primera vez siente que un enfrentamiento llega a sus costas: Estados Unidos.

El Presidente George W. Bush, influenciado por un conocido think tank denominado Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, donde se destacan la presencia de Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz, promoviendo las ideas de Michael Ladeen (un ex colaborador del ex Presidente Ronald Reagan), adoptó el Plan de política Exterior por el cual se deja de lado el Consejo de

Seguridad de la ONU para reemplazarlo por el unilateralismo norteamericano. Entre otras consecuencias se despreciaron los consensos de Kyoto sobre emisión de gases tóxicos, la prohibición de las minas antipersonales y la creación de Tribunal Penal Internacional.

El cambio de visión operado desde la administración republicana cambió por completo la doctrina de la intervención humanitaria demócrata y sitúa como punta de lanza del "ejército occidental" al país del norte, que avanza sobre todo otro territorio que se oponga a este dogmático unilateralismo.

De esta manera la reorganización de las fuerzas islámicas bajo la bandera del terrorismo se produce a la velocidad de la luz, dado que invasiones como la de Afganistán o Irak generan estados de resentimiento y agolpan a miles de reclutas que pronto serán guerreros de la Jihad o "bombas humanas".

En consecuencia, la práctica y el ejercicio unilateral de fuerza del ejército más poderoso de la tierra también podrá producir en lo futuro la adición de otro tipo de conflictos al campo de las justificaciones de la Guerra Santa. Es conocido un documento reservado del Pentágono llamado "Revisión de la Postura Nuclear" que señala otros "blancos posibles" como Siria, Libia, Rusia, Corea del Norte y China. Este informe señala la peligrosidad de estas naciones en distintos términos: Libia podría cortar las líneas marítimas en el Mar Mediterráneo, Siria es acusada de ayudar al terrorismo así como del apoyo al ex régimen de Bagdad, Rusia, más allá de viejos resentimientos, posee 6.000 bombas nucleares y China no sólo está renovando sus arsenales nucleares y convencionales sino que posee armas químicas y la economía en expansión más fértil de la actualidad.

Por lo tanto, visto esto, vemos que no sólo hasta ahora ha sido ineficaz la lucha contra el terrorismo sino que además se siguen agregando elementos que actúan como generadores legitimantes y que aceleran los procesos de organización para éste.

Lo cierto es que occidente y el mundo no musulmán se hayan en la encrucijada de la historia. La manera de cómo solucionar el tema del terrorismo a escala global dependerá de la mayor o menor cuota de racionalidad a la hora de abordar el problema. El Siglo XX ha dejado la huella indeleble de que la desigualdad social llegue a extremismos insospechados. Sabemos por experiencia que el factor pobreza actúa como modificador primario desintegrador de la sociedad. El alto grado de marginalidad en el que viven tres cuartas partes del planeta, serán siempre terreno fértil para que un minúsculo grupo de asesinos consumados, con poder económico y un accesibilidad "notable" a armas de destrucción masiva, recluten y adiestren a hombres preparados para las máximas calamidades.

En este sentido tanto programas que alienten al desarrollo económico de los países emergentes como de planes de alfabetización masiva serán la llave para terminar esta Cuarta Guerra Mundial, ya desatada y evitar el fin mismo de la civilización. Siguiendo al filósofo Fernando Savater "cuando las

personas no saben explicitar sus demandas, terminan por elegir entre la sumisión del esclavo o la rebelión brutal que lo destruye todo". Y la frase cuaja de modo perfecto en la realidad que nos azota.

Por lo tanto sólo quedan dos caminos: o plantear la cuestión a través del choque de civilizaciones, haciendo depender la existencia misma de una de la desaparición de la otra, volviendo a la lógica de las Cruzadas o se intenta un acercamiento de estos dos "mundos" a través de políticas que aseguren condiciones de vida dignas, acceso a la educación y distribución más equitativa de la riqueza, haciendo que miles de pueblos dejen de ver en la "civilización", las causas de su propia condena.